

Los inicios de la fabricación heroica de Antonio José de Sucre (1822-1850)

ÁLVARO ACEVEDO TARAZONA¹
UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER
BUCARAMANGA-COLOMBIA
tarazona20@gmail.com

HANCER GONZÁLEZ SIERRALTA²
UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
MÉRIDA-VENEZUELA
hancerjuanercero@gmail.com

CARLOS IVÁN VILLAMIZAR PALACIOS³
INVESTIGADOR INDEPENDIENTE
BUCARAMANGA-COLOMBIA
carlosivanvillamizar@hotmail.com

RESUMEN

Este artículo analiza cómo Simón Bolívar construyó y utilizó la imagen heroica de Antonio José de Sucre con fines políticos, especialmente a partir de 1822. Se realiza un examen crítico de las obras históricas del período, evaluando la efectividad de la creación de la figura heroica de Sucre en la construcción de la identidad nacional. Finalmente, se complementa con referencias bibliográficas sobre Sucre y su tiempo, y otras fuentes que apoyan las hipótesis sobre la fabricación del héroe y sus intenciones políticas. En suma, se trata de una mirada biográfica, microhistórica y heroica lo que propone conceptualmente.

PALABRAS CLAVE: Sucre, Bolívar, héroe, fabricación

The beginnings of heroic manufacture by Antonio José de Sucre (1822-1850)

ABSTRACT

This article discusses how Simón Bolívar constructed and used the heroic image of Antonio José de Sucre for political purposes, especially from 1822 onwards. A critical examination of the historical works of the period is carried out, evaluating the effectiveness of the creation of the heroic figure of Sucre in the construction of national identity. Finally, it is complemented with bibliographical references on Sucre and his time, and other sources that support the hypotheses about the fabrication of the hero and his political intentions. In short, it is a biographical, microhistorical and heroic look that he proposes conceptually.

KEYWORDS: Sucre, Bolívar, hero, fabrication

Este artículo fue terminado en mayo de 2024, entregado para su evaluación en julio y aprobado para su publicación en julio del mismo año.

“Vd. créame general, nadie ama la gloria de Vd. tanto como yo.
Jamás un jefe ha tributado más gloria a un subalterno”.
Bolívar a Sucre. Lima, 21 de febrero de 1825.⁴

1. INTRODUCCIÓN

El 9 de diciembre de 1824 se escribía un glorioso capítulo en el designio independentista americano. Ese día, el virrey del Perú, José de la Serna, rendía su ejército en el campo de batalla de Ayacucho. Por decisión de Simón Bolívar, el comandante en jefe que recibía esta sumisión era el general venezolano Antonio José de Sucre, quien a partir de finales de ese año sería conocido oficialmente como el Gran Mariscal de Ayacucho. Tenía 29 años y llegaba al punto máximo de su carrera. Le cabría en suerte ser designado como presidente de Bolivia por decisión del propio Libertador. No hay duda que al referirse a Sucre, se está considerando a un protagonista de primerísimo orden en las guerras de independencia hispanoamericanas, y de un individuo que fue juzgado por sus contemporáneos como excepcional. ¿Qué hay detrás de esta última consideración?

En *De mi propia mano*, colección de escritos de Sucre, se vislumbra la visión que tenía este general, que desde muy temprano se ganó la lisonja de Bolívar por sus dotes como militar e ingeniero, pero también por sus cualidades personales. Una de ellas era precisamente su laboriosidad escritural, que dejó alrededor de 7000 piezas firmadas, según los editores de la compilación. Epístolas en las cuales se alcanza a advertirse un individuo dubitativo, autocrítico, conocedor de sus límites, entregado incondicionalmente a su Libertador, un poco distante de las elucubraciones heroicas que empiezan a modelarse incluso en el trascurso de su propia vida. En tal sentido, la hipótesis que este texto considera es la imagen heroica de Sucre como un constructo retórico que tiene los primeros indicios de su fabricación en la propia contemporaneidad del individuo como tal. Es decir, a partir de la misma producción retórica de sus coetáneos se confeccionó la imagen heroica de Sucre. Más allá, dicha elaboración tuvo una intencionalidad política, en el marco de los intereses oficiales de la facción bolivariana, de la cual Sucre fue uno de sus más activos elementos constituyentes.

Se habla de “fabricación de un héroe” porque se asiste a un ejercicio consciente y meditado, que consistía en crear próceres para las nuevas naciones con el interés por romper con la identidad hispánica y crear una

nueva identificación “americana”. Ya lo observó Carlota Alicia Casalino Sen al señalar que exaltando la heroicidad de los méritos militares de los personajes se creaban íconos en los cuales la sociedad podía verse reflejada, esta construcción de los héroes fue inseparable de la formación de la nación, pues la sociedad debía tomar como suyos los más relevantes acontecimientos de la guerra de Independencia.⁵ Tal parece ser un paso fundamental a la hora de cimentar una nación y así lo comprendieron los novadores, especialmente Simón Bolívar, cuyos esfuerzos por afianzar esta edificación de los héroes son claros al establecer, entre otras acciones, la Orden de los Libertadores, al crear un Museo Nacional de Colombia donde reposarían vestigios de la gesta patriótica, al exaltar la figura de los caídos en combate y al involucrar a los militares en la vida política, a tal punto de que los principales cargos ejecutivos se encontraban todos en manos de los militares.⁶ También fue Bolívar uno de los partícipes en el despliegue discursivo que buscó ofrecer relatos de la gesta patriótica, primero en publicaciones periódicas y posteriormente en libros, como por ejemplo aquel que emprendió José Manuel Restrepo. No cabe duda de que la construcción de los héroes modernos empezó a partir de las guerras de independencia.

Pero en el caso de Sucre, no es sólo un ídolo para apuntalar la cimentación de una identidad nacional en ciernes. Su figura heroica tiene connotaciones políticas como sucesor de Bolívar, como parte activa del bolivarianismo, como agente necesario para ejecutar los diversos proyectos del líder máximo. Cimentar el prestigio y la reputación épica servía para consolidar representaciones políticas cuyo renombre les garantizaba roles predominantes en la sociedad. Al fabricar a Sucre, el héroe (o intervenir en su exaltación) el caraqueño aseguraba la existencia de una figura encumbra-da, de un agente privilegiado que, en últimas, hacía parte de sus redes de poder. Por ello, al ser Sucre aclamado como un individuo llamado a ocupar importantes cargos políticos, como lo fueran sus servicios en el Perú y en Bolivia, se garantizaba que un integrante de la red del Libertador de alguna manera direccionara o influyera en la política local desde esos cargos.

En suma, se trata de una mirada biográfica, microhistórica y heroica lo que propone conceptualmente este artículo.⁷ Si se quiere, esta manera de ver el género biográfico asume al actor en cuestión como un pretexto o leitmotiv para adentrarse en el análisis de una época. De esta manera, se pone el “anteojo” del historiador a un nivel micro, como diría Giovanni Levi, al sostener que lo microhistórico apunta más que nada a las escalas.⁸ La construcción heroica de Sucre permitirá evidenciarlo en relación con un grupo definido de actores, el sector político bolivarianista o la “facción

servil”, en ese sentido, el relato se enriquece con la incorporación de otros actores como Tomás Cipriano de Mosquera o el propio Bolívar, permitiendo que la carrera vital de Sucre sea un primer apunte para una prosopografía de la facción bolivariana, tal y como lo defiende Levi.⁹

Este artículo emplea una metodología en tres etapas. Primero, analiza la correspondencia y comunicaciones de los actores para evidenciar cómo Bolívar construyó y utilizó la imagen heroica de Sucre con fines políticos, especialmente a partir de 1822, cuando el Libertador busca influir en procesos independentistas fuera de Colombia. En segundo lugar, realiza un examen crítico de las obras históricas del período, evaluando la efectividad de la creación de la figura heroica del prócer oriental venezolano en la construcción de la identidad nacional. Finalmente, se complementa con referencias bibliográficas sobre Sucre y su tiempo, y otras fuentes que apoyan las hipótesis sobre la fabricación del héroe y sus intenciones políticas.

2. DEL HOMBRE AL HÉROE

La figura heroica de Antonio José de Sucre fue construida en vida, principalmente por Simón Bolívar quien lo presentó como un líder excepcional y posible sucesor. El Libertador promovió intensamente su imagen, designándolo para concluir la campaña en Perú y como presidente de Bolivia. Este impulso hacia la exaltación de Sucre pudo haber contribuido a su asesinato en 1830, justo cuando su perfil empezaba a emerger como heredero del sueño colombiano. Bolívar, al enterarse de su muerte, lo lamentó profundamente considerando al oriental como el máximo héroe de Colombia.

Sucre era considerado un “colombiano” de larga data. El 3 de julio de 1812 firmaba una comunicación desde “la Barcelona colombiana”¹⁰ junto a José Anzoátegui y otros notables, que prometía socorros para Francisco de Miranda, Generalísimo de las fuerzas de las provincias unidas de Venezuela en campaña contra el ejército de Domingo de Monteverde, leales al Rey.

En 1817 Sucre le prometió a Bolívar su fidelidad absoluta al abandonar las tropas de Manuel Piar cuando el héroe máximo acusó a este último de conspirar en su contra y fomentar una guerra racial, en pública proclama del 5 de agosto de 1817. Poco después de la ejecución del general pardo, Sucre fue el encargado de asegurar la lealtad de otros líderes militares sospechosos de haber entrado en tratos con Piar, en particular los generales Santiago Mariño y José Francisco Bermúdez. Por aquel entonces, Sucre ya ostentaba el rango de coronel y escribía a Bolívar: “yo no dudo que el

general Mariño se convendrá al orden no teniendo otro arbitrio sino ése o el de ser un guerrillero en los montes de Güiría”.¹¹

Sucre fue asignado al Estado Mayor General en el que su superior jerárquico inmediato era el general Carlos Soubllette.¹² Existía cierta deferencia hacia el joven oficial, quizás por su valía probada en un momento tan crítico como lo fue la pretendida insurrección de Piar. Nuevamente, designado para apaciguar los ánimos de un caudillo, esta vez Santiago Mariño, daba cuenta de sus éxitos como negociador, destacando por su fidelidad a Bolívar a quien veía como la imagen de las instituciones públicas.¹³ En carta del 13 de febrero de 1819 escribía al general Francisco de Paula Santander y le refería que deseaba incorporarse a la división que este último lideraba, posiblemente porque la de Santander se hallaba en la primera línea de batalla. Entretanto, permanecía asignado a Cumaná, subordinado al general Bermúdez y anunciaba que acababa de ser electo diputado al Congreso de Angostura, aunque era plausible que le rechazaran por su edad: contaba sólo con 24 años de edad.¹⁴

Hasta ese momento, Sucre no da muestras de los atributos que le asignara la fábula: es un soldado bastante competente, un oficial dedicado, pero sólo es uno más de los muchos oficiales que ejercen destinos similares en aquellos momentos. Las operaciones militares eran ininterrumpidas desde 1810, y al calor de la guerra civil se había levantado un pie de fuerza inusual, y se habían formado oficiales militares a granel. Poco tiempo después, en el transcurso de ese año, 1819, Sucre es ascendido a General de Brigada. No participa en la campaña de Boyacá, por el contrario, permanece en el Oriente venezolano, en estrecha relación con la intendencia del ejército envía constantemente suministros desde Guayana a la Nueva Granada¹⁵ y con ojo puesto, además, sobre los díscolos caudillos de esa zona de la república. Para octubre de 1820, Sucre ya ocupaba el destino de ministro de guerra interino¹⁶ y permanecía cerca de Bolívar, transmitiendo a diversos jefes militares órdenes de este último. Poco tiempo después, se le encargaron a Sucre funciones de negociador¹⁷ en el marco del “*Tratado de Armisticio y Regularización de la Guerra*”, suscrito en Santa Ana de Trujillo entre Bolívar (a nombre de la República de Colombia, creada el 17 de diciembre de 1819) y Morillo (por el Reino de España).

La carrera de Sucre experimentó un gran avance en pocos años, pasando de coronel a ministro de guerra y plenipotenciario. A pesar de no destacarse inicialmente en batalla, su lealtad y papel clave en la consolidación de Bolívar lo hicieron merecedor de una reputación como buen político. Su oportunidad de brillar como líder militar llegó en 1821, cuando Bolívar

lo nombró comandante de la división del Sur. Sucre destacó en la batalla de Pichincha, donde derrotó a las tropas de Aymerich, lo que consolidó su reputación como estratega. Sin embargo, su éxito no solo se debió a sus habilidades militares, sino también a su destreza política y diplomática, siendo un miembro crucial del círculo cercano de Bolívar y contribuyendo a su visión continental de la revolución. Sucre se presenta no solo como un héroe militar, sino como un hábil negociador y diplomático, desempeñando un papel fundamental en la política de la independencia, lo que reconfigura la idea tradicional de héroe patriota.

El ídolo empezó a emerger en Pichincha (1822).¹⁸ Así lo remarcan diversos historiadores de la primera mitad del siglo XIX, quienes fueron los primeros que se ocuparon de su figura, destacando principalmente Rafael María Baralt, Antonio José de Irisarri y Joaquín Posada Gutiérrez. El primero señalaba que la Batalla de Pichincha era “eterno honor de Sucre” y destacaba que los españoles capitularon en Quito el 25 de mayo, exactamente 280 años después de que fuera izado el pabellón de Castilla por primera vez en aquellas tierras. Irisarri señalaba que la decisión estratégica de Sucre de ocupar las alturas de Pichincha y motivar el avance hacia la cima de Aymerich había sido una muestra de su genio militar.¹⁹ Posada Gutiérrez, por su parte, denomina a Sucre como el “héroe de Pichincha” y destaca que brindó una capitulación generosa al bando español como una prueba de su magnanimidad en la victoria, virtud que alimenta su figura heroica.²⁰ Materialmente, la victoria le significó a Sucre su ascenso a General de División, así como el empleo de intendente y comandante general del Departamento del Sur, con capital en Quito.²¹

Las alabanzas hacia Sucre no eran casuales, ya que muchos de los escritores que las emitían eran cercanos a los postulados de Bolívar, como Posada Gutiérrez, quien militó en la facción bolivariana y acompañó a Rafael Urdaneta en la dictadura de 1830. Tras su victoria en Pichincha, Sucre continuó su ascendente carrera, siendo designado ministro plenipotenciario y comandante del ejército colombiano en el Perú. Bolívar, al haber logrado la extensión territorial deseada, decidió invadir el Perú para expandir la gloria, a pesar de los altos costos que esta campaña implicaba. La cooperación entre Colombia y el Perú, especialmente tras la colaboración en la liberación de Quito, también influyó en la decisión de enviar a Sucre para apoyar la lucha contra las tropas del virrey José de la Serna.²²

El propio Sucre habría deseado el nombramiento de comandante de la fuerza expedicionaria, pues en carta al general Santander, vicepresidente encargado del poder ejecutivo, señalaba que le repugnaba el oficio de in-

tendente, y se declaraba como “educado para soldado”.²³ Antes de partir para el Perú, Sucre tendría la tarea de aplastar un nuevo levantamiento de los pastusos, encabezados por Agustín de Agualongo y Estanislao Merchancano. Dicho motín puso en jaque a todo el departamento del Sur, pues las incursiones de Agualongo llegaron hasta Ibarra. Se le acusa a Sucre de haber cohonestado la “Navidad Negra”, que significó el saqueo de la ciudad de Pasto el 24 de diciembre de 1822.²⁴ Aunque la agitación en Pasto continuó hasta julio de 1823 (fecha de la derrota y ejecución de Agualongo), para enero del siguiente año Sucre volvía a ejercer la intendencia de Quito y en abril se embarcaba para Perú con instrucciones nuevamente de realizar doble misión diplomática y militar con el objetivo de organizar los esfuerzos bélicos en un país que se encontraba profundamente dividido, y en el que incluso existían dos presidente rivales: José de la Riva Agüero y José Bernardo de Tagle, Marqués de Torre Tagle.

Al llegar al Perú, Sucre solicita la presencia de Bolívar expresando en una carta del 10 de mayo que la situación política lo sobrepasa. Este realiza un análisis detallado, concluyendo que solo la autoridad y prestigio del Libertador pueden frenar las facciones en conflicto, como las lideradas por Andrés de Santa Cruz, Tagle, Riva Agüero, José de la Mar, Cortázar y Agustín Gamarra, quienes actuaban según sus propios intereses. El vacío de poder dejado por la renuncia de San Martín al protectorado amenaza con paralizar los esfuerzos bélicos. Además, Sucre advierte que el virrey La Serna posee un ejército de 1.000 hombres y controla las regiones más ricas, entre ellas los fértiles valles de Jauja y Cuzco, así como las minas de Potosí.²⁵

Sucre, en cartas a Bolívar, no escondía que trabajaba para que el Congreso peruano lo llamara, afirmando incluso que:

[...] ayer se ha resuelto en el congreso, después de ocho días de debates, que Ud. sea llamado por el ejecutivo, instándole por su venida como necesaria para salvar al Perú. No sé los términos en que estará concebido el decreto, pero yo he tratado de que sea como sea, haya un decreto del cuerpo legislativo solicitando la venida de Ud. para que en todo tiempo parezca en el mundo que la colocación de Ud. a la cabeza del ejército ha sido por el voto de los representantes del pueblo, del ejecutivo, del mismo ejército y de las provincias libres o bien de la parte sana de los ciudadanos; y nunca, nunca se diga que porque existía aquí una división colombiana. Por esto hice agitar la resolución estando aquí Santa Cruz con el ejército peruano, para que tampoco diga nadie que no había tropas peruanas. Los congresales amigos nuestros querían que Heres se detuviese hasta sancionar las facultades y la representación o carácter con que Ud. debe venir (cuya noción queda ya

hecha); pero como en el congreso todo se hace despacio, tardarán probablemente otros seis u ocho días y en tanto está adelantando el paso principal.²⁶

El cumanés no solo se dedicaba a su labor militar, sino que también se involucraba en las intrigas políticas del Perú, conspirando para que Bolívar asumiera el mando supremo. Esta maniobra fue criticada por figuras como José de la Riva Agüero, quien afirmó que la misión colombiana era desestabilizar al Perú para facilitar la llegada del Libertador. Sucre era una pieza clave en los planes del caraqueño, quien deseaba entrar al Perú con legitimidad. Para ello, contaba con apoyos incluso dentro del Congreso peruano. El Libertador, sin embargo, solo llegaría en septiembre, después de la evacuación del gobierno peruano a Trujillo, tras la ocupación de Lima por el general José de Canterac entre el 17 y 18 de junio de 1823. Mientras tanto, Sucre asumió el mando supremo de las armas y Riva Agüero fue depuesto, reemplazado por el marqués de Torre Tagle.

La intensa actividad que Sucre desplegó como máxima autoridad militar del Perú preparó la llegada de Bolívar. El oriental daba muestras de su don para la intendencia, reorganizando las unidades del ejército, evitando entrar en una confrontación directa con las tropas de Canterac, que tuvieron que abandonar Lima el 16 de julio sin lograr trabar batalla.²⁷ Sucre marchó con sus tropas hacia Arequipa con la intención de reforzar la división de Andrés de Santa Cruz, quien buscaba sorprender al ejército virreinal. Sin embargo, enfrentó frustraciones debido a la falta de colaboración de las autoridades locales, las disensiones en su ejército (que incluía contingentes peruanos, chilenos y rioplatenses) y el fracaso de Santa Cruz. Ante la imposibilidad de lograr sus objetivos, Sucre renunció al mando en octubre al enterarse de que Bolívar ya estaba en Lima y había sido nombrado dictador del Perú.²⁸

Su fracaso en el comando de las fuerzas peruanas deja entrever una faceta de Sucre escasamente valorada. Lleno de vacilaciones, tiene decidido su retiro del ejército. El motivo: el secretario de guerra y marina de Colombia, el general Pedro Briceño Méndez,²⁹ acababa de entregar una memoria al Congreso colombiano que atribuía la independencia de Quito a Bolívar, y minimizaba el rol de Sucre en aquella campaña.³⁰ No sin cierto dramatismo, Sucre se describe como un alma abatida por la calumnia y pide permiso a Bolívar para acudir al Congreso de Colombia a rendir cuentas de sus acciones. La respuesta de este último es solicitarle a Sucre asumir el mando del ejército de Colombia, a lo que se muestra renuente.³¹ El Libertador le dice que su salida entonces sólo puede ser a un destino equivalente a su actual posición como General de División, a lo que el cumanés se niega. En una

carta a uno de sus amigos, confiesa que muy seguramente deberá aceptar la proposición de Bolívar y asumir el mando del Ejército del Perú.³²

Las vacilaciones de Sucre llegaban en el peor momento para las armas colombianas en Perú. El fracaso de la expedición de Santa Cruz y las divisiones internas protagonizadas por el expresidente Riva Agüero (que continuaba titulándose como jefe de estado y poseía una fuerza armada) y el presidente Torre Tagle, ocasionaron una nueva incursión hacia la costa de parte del ejército virreinal, nuevamente liderada por Canterac. Toda esta situación obligó a Bolívar a solicitar nuevos reclutas, armamentos y tomar otras medidas.³³ Bolívar informó al vicepresidente Santander el 22 de diciembre de 1823 sobre las constantes demandas que obligaron al gobierno de Bogotá a recurrir a conscripciones y reclutamientos forzosos, lo que generó desórdenes, especialmente en Venezuela. Mientras tanto, Sucre analizaba la situación de disensión en Perú y las intrigas del mariscal Santa Cruz, quien había sido ascendido por el Congreso peruano, reflexionando, además, sobre las dificultades que enfrentaría al mando de un ejército tan fragmentado.³⁴

Sin embargo, Sucre no deja el servicio militar activo. Tímidamente, comienza a asumir responsabilidades en el ejército que se encontraba acantonado en Trujillo y Huamachuco, lugar donde esperaban refuerzos y reorganizar las fuerzas. Despliega así Sucre nuevamente actividades de intendente, buscando la provisión de los recursos necesarios para garantizar una movilización armada efectiva.³⁵ Finalmente, y de manera paulatina, Bolívar le persuade de asumir nuevamente el comando general del ejército. Ello lo realiza a través de su correspondencia privada, en la que Bolívar desnuda su alma y sus planes. Añade que no confía en Santa Cruz ni en ningún otro oficial, únicamente en Sucre. Admite que ha exagerado la gravedad de la situación en el Perú para pedir refuerzos a Santander, e impone a Sucre de toda su estrategia.³⁶ La reacción del oriental es responder positivamente y de manera incondicional. Ya para marzo de 1824, es oficialmente el general en jefe del ejército del Perú.

Este hecho coincide con una sedición en el ejército virreinal. El general Pedro Antonio Olañeta, que comandaba el Alto Perú (actual Bolivia), se declaró contrario al virrey La Serna. Este sólo hecho dividió las fuerzas de la autoridad, quien ahora debía lidiar con este conato sedicioso. De los 14 mil hombres que se decía que La Serna tenía en armas, al menos 4 mil hacían parte de la división de Olañeta.³⁷ El virrey comisionó al general Jerónimo Valdés para abatir a Olañeta. Esta situación salvó a las tropas colombianas, pues los refuerzos que recibió Bolívar de Santander no fueron tan cuantio-

sos.³⁸ Al saber de la sedición, Bolívar personalmente asumió el control de las operaciones, debido a los constantes disensos entre Sucre y el Estado Mayor General del ejército, encabezado por el mariscal Andrés de Santa Cruz.³⁹

La victoria de las fuerzas independentistas en Junín desarticuló la división de Canterac, y a punto de lograr un triunfo sobre el virrey La Serna, Bolívar se apartó de nuevo del mando del ejército y lo entregó a Sucre. Este movimiento sugiere que el Libertador quería que el cumanes compartiera una gloria que inicialmente parecía reservada solo para él, fabricando intencionalmente la figura heroica de Sucre al otorgarle la responsabilidad de derrotar a las fuerzas españolas, a pesar de que su desempeño reciente era cuestionable. Esto se interpreta como una acción consciente para construir la imagen heroica de Sucre.

El triunfo de Sucre en el campo de batalla de Ayacucho no resultó ser sorpresiva. Después de la rebelión de Antonio Olañeta y la desarticulación de la división de Canterac, La Serna tenía pocas opciones. Sucre fue elogiado por su buen juicio en el enfrentamiento y nuevamente fue objeto de loas. A su vez, recibió el título de “Gran Mariscal de Ayacucho” de parte del gobierno peruano. Sin embargo, su gran laurel casi no se realiza por una marcha temeraria de Sucre que estuvo a punto de perderlo todo. Así lo señalaba inclusive José Manuel Restrepo, bolivariano confeso, autor de una “Historia de la emancipación de la república de Colombia”.⁴⁰ Bolívar naturalmente atribuyó todo el mérito a Sucre y dispuso incluso que se le erigiera un busto en el campo de batalla, honor sumamente grande. A su vez, recompensó grandemente a los soldados que intervinieron en la batalla, pero sin lugar a dudas la gloria en su mayor parte le cupo a Sucre, y así lo declaró Bolívar a los cuatro vientos.⁴¹ El diario *El comercio de Lima* le dedicó estas palabras al vencedor:

Si Sucre no murió en brazos de sus amigos, si una mano oscura e invisible le arrancó del seno de su patria en la flor de su edad, en el momento en que su prestigio y sus virtudes cívicas eran más necesarias; si Sucre, decimos, cayó acribillado de balas en un rincón solitario, quedándole la honra y la gloria indisputable de haber descendido a la tumba rodeado de la simpatía universal de toda la América y del amor intenso y profundo de sus compatriotas.⁴²

Las loas a Sucre representaron el pináculo de su carrera militar, pues gracias al generoso desprendimiento de Bolívar había visto rendirse al pabellón virreinal. Las páginas laudatorias en las que se exaltaban las virtudes del general se multiplicaron. Ello a pesar de que el afamado Sucre todavía

tenía una importante tarea que cumplir, pues en Cuzco y el Alto Perú subsistían remanentes del ejército virreinal. El más nutrido de ellos era la división del general Pedro Antonio Olañeta. No obstante, cierto es que el éxito decisivo había sido alcanzado en Ayacucho, e independientemente de las circunstancias la vinculación de Sucre en este hecho y el sobresaliente direccionamiento de la batalla pasaba a la posteridad.

3. YO NO SOY PARA HOMBRE PÚBLICO: LA OCLUSIÓN DE SU FIGURA HEROICA

Coronado el esfuerzo independentista, venía ahora la época de regir y organizar lo alcanzado. En esta tarea, la política seguida por Bolívar fue la de retener los poderes extraordinarios conferidos por los incipientes estados y usarlos para modelar un sistema político a su arbitrio. Ello motivó intrigas, disensos y sediciones. La gloria alcanzada con la gesta de la independencia se encontraba en juego debido al debate político. Allí estaba, envuelto en las maquinaciones de su líder, Antonio José de Sucre, con la peculiaridad de que el mismo era consciente de sus limitaciones y subrayaba que su papel preponderante en los planes del Libertador no estaba acorde con sus dotes como político.

Sucre ocupó rápidamente Cuzco y cruzó en febrero el río Desaguadero, en las inmediaciones del lago Titicaca, penetrando en el Alto Perú, jurisdicción de la Real Audiencia de Charcas, que en los últimos 30 años del dominio español había pertenecido al virreinato del Río de la Plata. Nada más al entrar, el cumánés declaró que sería una asamblea o congreso del Alto Perú el que decidiría su suerte, desconociendo los derechos que las provincias del Río de la Plata tenían sobre ese territorio. Ello aduciendo la anarquía en la que se encontraban tales jurisdicciones.⁴³ El cumánés llegó a la Paz el 8 de febrero de 1825. Precisamente ese negocio motivó un disgusto entre Bolívar y Sucre, dado que este último cometió el desliz de ofrecer una proclama donde convocaba al pueblo de Alto Perú a celebrar un Congreso Constituyente. El Libertador le escribió:

Vd. créame general, nadie ama la gloria de Vd. tanto como yo. Jamás un jefe ha tributado más gloria a un subalterno. Ahora mismo se está imprimiendo una relación de la vida de Vd. hecha por mí, en que, cumpliendo con mi conciencia, le doy a Vd. cuanto merece. Esto lo digo, para que Vd. vea que soy justo, desapruébo lo que no me parece bien, al mismo tiempo que admiro lo que es sublime.⁴⁴

La reprimenda venía porque, según Bolívar, Sucre comprometía la neutralidad del ejército colombiano por este acto, pues se podía considerar que quedaba violado el principio de *uti possidetis iuris*, esto era, la conservación de las jurisdicciones emanadas de la dominación hispánica a la hora de erigir repúblicas, en tanto que tales territorios pertenecían, legalmente al virreinato del Río de la Plata. Recrimina el caraqueño a Sucre que no es la primera vez que se conduce de manera imprudente en política y le recuerda que es un general en el cuerpo expedicionario que él comanda. Esta carta es relevante porque en ella el Libertador admite que se encuentra interesado en la fabricación de la imagen heroica de Sucre, incluso de manera activa al extremo de escribir una relación sobre su vida.

Al respecto, Sucre contesta de manera dramática, señalando que creía estar realizando las órdenes de Bolívar, recibidas según él de manera clara en un pueblo llamado Yucán, de manera verbal.

[...] ¿por qué esta misma carta que Ud. me escribe ahora no la hizo tantas veces que le he pedido órdenes sobre este país?, ¿yo soy adivino para penetrar qué es lo que se quiere después de haberse mostrado otra cosa? Ud. sabe, mi general, que yo no tengo aspiración ni mira alguna ni en éste ni en ningún país; mi solo desvelo es complacer a Ud. en su carrera de salvarnos. He creído en mi corazón que el corazón de Ud. es todo por el bien de la América y persuadido de esto *he creído que el examen de otras materias pudiera ser mal*, y así he pensado que me tocaba únicamente obedecer y seguir al genio que ha tomado a su cargo nuestra redención.⁴⁵

Esta carta revela la relación íntima entre ambos, en la que Sucre se ve como un simple ejecutor de las órdenes del Libertador, a quien considera el único líder capaz de liberar América. El cumanés admite que no cuestionaba las órdenes, ya que veía en Bolívar cualidades extraordinarias. Aclara que convocó el congreso del Alto Perú no para postularse a la presidencia, sino para evitar parecer un político, pues no quería arriesgar su reputación como militar.⁴⁶ Al recibir la dura carta de réplica de Sucre, el caraqueño le remitió una nota tranquilizadora, afirmando: “Vd. está llamado a los más altos destinos, y yo preveo que Vd. es el rival de mi gloria, habiéndome ya quitado dos magníficas campañas: excediéndome en amabilidad y en actividad, como en celo por la causa común”.⁴⁷ Nuevamente Bolívar reconocía sin ambages que se hallaba dedicado a la promoción de la imagen de Sucre, de quien esperaba fuese equiparable a su propia gloria.

Pese a todo, la convocatoria de Sucre de realizar un Congreso Constituyente en el Alto Perú fue fructífera. A raíz de este movimiento, se des-

moronó el dominio de Antonio Olañeta, adhiriéndose a la causa patriota las guarniciones de Cochabamba, Oruro y Vallegrande.⁴⁸ Olañeta no quiso dar batalla y se retiró a Potosí, sin embargo, aún más tropas le abandonaron y pereció el 1º de abril en el combate de Tumusla⁴⁹. Sucre siguió en su condición de general en jefe del ejército de ocupación, ejerciendo de facto el gobierno del Alto Perú. Llegó incluso a crear una Alta Corte de Justicia⁵⁰ y a dictar medidas para reorganizar la hacienda.⁵¹ No cabe duda de que una vez más se rindió a los planes de Bolívar y se convirtió en un instrumento de su política.

El 10 de julio de 1825 Sucre tuvo el elevado honor de instalar la asamblea del Alto Perú, leyendo un discurso que de alguna manera justificaba las decisiones políticas que había tomado desde que cruzó el Desaguadero en enero⁵². Hacía el cumanés gala de una retórica que recordaba a la esgrimida por Bolívar en ocasiones similares. Afirmaba que “el completo triunfo de la libertad fue el premio de nuestros bravos: un mundo entero acabó de sacudir el yugo de una nación opresora, la justicia decidió por fin esta contienda gloriosa de la razón contra el despotismo, y el alto Perú, recobrando sus derechos, vio el fruto de dieciséis años de sacrificio y el restablecimiento de la paz”.⁵³

El Congreso, finalmente, cedió toda su soberanía a Bolívar, lo que le permitió consolidarse como jefe de estado de tres repúblicas y controlando un territorio desde el Cabo de la Vela hasta Potosí. A solicitud de este Parlamento, el Libertador redactaría la Constitución Boliviana, que incluía medidas autoritarias, como la presidencia vitalicia y heredable, y nombraría al país en su honor, consolidando su poder con una carta política respaldada por sus seguidores.

Sin embargo, ora por modestia, ora por ofrecer una nueva lisonja a su discípulo, Bolívar descarta ejercer de presidente de Bolivia e indica al Congreso que debe designar a Sucre para ese cargo.⁵⁴ Ello sucedió el 29 de diciembre y el caraqueño fue encargado del mando absoluto el 6 de agosto, por lo cual desde ese mes hasta diciembre de 1825 ejerció simultáneamente la presidencia de Colombia, la dictadura del Perú y el mando supremo en Bolivia. De manera que, gracias al desprendimiento del Libertador, el cumanés se convierte en jefe de estado, a pesar de que él mismo reconocía sus falencias en cuanto a la política y el gobierno. La estancia de Sucre en el gobierno de Bolivia duró 2 largos años (de enero de 1826 a abril de 1828⁵⁵). Tiempo que no aportaron a su construcción heroica, ya que el desempeño de Sucre en esa magistratura se cerró con un levantamiento armado contra la ocupación colombiana y los proyectos de Bolívar; momento también

en el que por poco Sucre pierde la vida. Sobre su situación en Bolivia, el cumanes señalaba a finales de 1825, en carta a su amigo Vicente Aguirre:

[...] tuve la unanimidad de votos de la asamblea para la presidencia de la República, pero como el Libertador se halla aquí y la República no está aún reconocida, él ejerce el gobierno. El Libertador ha convocado el congreso constituyente aquí para el 19 de abril y pienso que se haga nueva elección para ver si así me excusan. Sin embargo, si me dan sus votos la aceptaré, tanto para manifestarle gratitud cuanto por complacer al Libertador que está empeñado en ello, y porque además debo ver si se consolida este país que tan enteramente se ha puesto en nuestras manos. Sin embargo, si me quedo será por sólo un par de años, pues mi afición y mi interés mismo está por Quito.⁵⁶

De manera que el prócer se muestra optimista y quizás un poco responsable de organizar aquel nuevo país creado por voluntad suya y de la Asamblea Constituyente. Sucre veía a Bolívar como una figura paterna solicitándole inclusive su aval y permiso para contraer matrimonio con Mariana Carcelén y Larrea, noble quiteña heredera del marquesado de Solanda.⁵⁷ Propone al Libertador viajar a Europa a instruirse y volver en el año de 1829 a servir a su lado.⁵⁸ Estos planes confirman el grado de intimidad alcanzado entre ambos. La naturaleza de la relación de los dos militares para este periodo permite ver el posicionamiento político de cada uno de ellos, su rol en el proyecto político internacional de Bolívar y la mediación de Sucre como un ejecutor de la voluntad del caraqueño.

El matrimonio del “Gran Mariscal de Ayacucho” tuvo que ser mediante un poder porque este siguió en Bolivia, dedicado a ejercer el encargo de garantizar la participación del territorio en el proyecto político del Libertador. Ahora existía la Constitución Boliviana, declaración y síntesis de la visión gubernamental del bolivarianismo. Esta suerte de “credo político” era alabado por los áulicos del caraqueño como respuesta a todos los males de América. La intención de éste parece haber sido garantizar la adopción de esa carta constitucional por parte de Bolivia, Perú y Colombia para conformar lo que sus críticos denominaron “el Imperio de los Andes”.⁵⁹ A ello parece aducir Sucre en una carta que extiende a Bolívar, en la cual le habla de una corona⁶⁰ y su posible inconveniencia dada la situación política, pues empezaban a llegar noticias de desórdenes en Venezuela, agitaciones políticas que reivindicaban la autonomía y las soberanías locales. Con todo, a Sucre le parecía muy buena idea la Constitución Boliviana, argumentando

que sería una solución democrática, pues si bien el cargo de presidente es vitalicio, no puede ser equiparable a un rey o un emperador.

[...] la idea de Ud. de mandarles su proyecto de constitución para Bolivia es excelente: ella concilia en lo más posible todas esas ideas. Si esos señores tienen buena fe y un sentimiento noble de amor patrio pueden preparar los ánimos para aceptarla en el año de 31. la concentración del gobierno y a la vez mantener la libertad y la independencia de la nación, debe ser la mira de todo colombiano que trabaje por el bien de su patria.⁶¹

La vinculación de Sucre al proyecto de Bolívar le causó el repudio de un sector de sus contemporáneos. Para 1828, la propuesta del Libertador y sus colaboradores fue vista negativamente, siendo tachados de "serviles" y "godos", términos utilizados previamente para los españoles. La promoción de la Constitución Boliviana y los planes monárquicos llevaron a la desconfianza pública, y el caraqueño al incumplir su promesa de regresar a Colombia después de la campaña peruana, sufrió un descrédito, como lo señalaba incluso el bolivariano José Manuel Restrepo.⁶² Ante la divergencia de opiniones, Sucre no se cansaba de promover la figura de Bolívar y en carta del 3 de septiembre de 1826 afirmaba: "he escrito hoy una porción de cartas a Colombia a mis amigos [sic]; a todos ellos y a mis hermanos les digo que el partido que Ud. tome es el partido de la salvación; porque se unan a ud. de cuerpo y de alma".⁶³ Sin embargo, Colombia ya avanzaba hacia su disolución.

La adopción de la Constitución Boliviana por parte del Perú había prendido todas las alarmas. Se sucedían tumultos, movimientos que se decían defensores de la constitución aprobada en la villa del Rosario de Cúcuta. La Carta Magna Boliviana acumulaba pronunciamientos a su favor venidos de los militares adictos al Libertador, rebosantes de elogios. Tomás Cipriano de Mosquera señalaba en carta del 28 de agosto de 1826, que "El sol en el centro del universo, el Chimborazo allá en su elevación celeste, y el firmamento bordando las obras de la naturaleza, son menos, físicamente, que Simón Bolívar, en las sociedades de los mortales"⁶⁴ señalando, además, que "Bolivia, esta tierra afortunada que con marcha majestuosa ha seguido sus pensamientos, es la nación a quien debemos imitar, uniformando nuestros votos con aquellos felices pueblos".⁶⁵ Estas afirmaciones, dedicadas a persuadir al intendente de Cundinamarca, el general José María Ortega Nariño (sobrino de Antonio Nariño) de unirse a la proclamación del código boliviano, dejaban ver que la postura de los bolivarianos se encontraba ya rayana con el fanatismo.

Sin embargo, la conducta de Tomás Cipriano de Mosquera sería duramente castigada. Sus declaraciones fueron la gota que derramó el vaso y motivó la insurrección militar de las tropas colombianas que retornaban a su patria luego de prestar servicios en el Perú, que estaban comandadas por el general Jacinto Lara. Llegados a Guayaquil, el 6 de abril de 1827, los batallones Vencedor, Caracas y Araure se sublevaron bajo el mando del coronel guayaquileño Juan Francisco Elizalde y La Mar. A su vez, motivó el alzamiento de las tropas acantonadas en el departamento de Guayaquil, comandadas por el coronel Antonio Elizalde y La Mar, hermano del anterior. Finalmente, el pronunciamiento de esas tropas motivó la remoción de Mosquera, del jefe superior de los departamentos del Sur, el general José Gabriel Pérez, y de las demás autoridades comprometidas con la promoción del código boliviano,⁶⁶ y su remplazo por el mariscal José de La Mar y Cortázar, expresidente del Consejo de ministros del Perú, tío de los hermanos Elizalde. El gobierno de Bogotá pareció asumir una actitud que coonestaba estos pronunciamientos, felicitando a los militares por su defensa a la Constitución. Semejantes acontecimientos merecieron la repulsa del héroe de Ayacucho, que tan pronto tuvo conocimiento de tales noticias escribió a quien aún consideraba como su amigo, el vicepresidente Francisco de Paula Santander. Se expresó en los siguientes términos, en carta fechada el 10 de julio de 1827:

De todo lo que ha traído el correo, deduzco que esta pobre América va a ser la presa de todos los desórdenes. el Libertador se marchará fuera probablemente y Colombia despedazada al momento, existirá pronto entre miserables secciones que a su turno serán desmoronadas en muy pequeñas partes. Veo un aciago porvenir a mi desgraciada patria; y para completar la tristeza de mis ideas observo que Ud. se ha dejado afectar de un sentimiento local pernicioso a la república, y descubro que también el libertador está tocado del mismo mal, ¿y es posible que los dos personajes a quienes Colombia ha confiado sus esperanzas y sus destinos, aventuren su reputación por mezquinos intereses? Todas las noticias, todos los papeles me han llenado de ideas melancólicas; en Colombia se repetirán las funestas escenas que la discordia ha representado en la República argentina; y veo que la tierra de los héroes y de la gloria va a convertirse en la de los crímenes, de la desolación.⁶⁷

La época de gloria de Sucre había quedado atrás, dando paso a la decepción y la inestabilidad. Observaba este desde Bolivia la creciente enemistad entre Santander y Bolívar, viendo cómo ambos se convertían en líderes de facciones opuestas. El victorioso de Ayacucho temía que la salida del Libertador de Colombia significaría la ruina del país, pues consideraba

al caraqueño como la base del Estado. Previendo futuros conflictos, Sucre planeaba renunciar y retirarse a la vida privada, anticipando que las pasiones también se desatarían en Bolivia:

Juzgue Ud. que Bolivia colocada entre las provincias argentinas y el Perú deberá incendiarse. Hasta hoy no hay siquiera síntomas de rebelión; pero temo que va a empezar por las tropas auxiliares autorizadas ya para amotinarse. Espero sólo unas contestaciones del enviado de Bolivia en el Perú, para convocar el congreso, y creo que lo más cierto es que el 6 de agosto lo convocaré para el 9 de diciembre. Por supuesto que le entregaré el país y me iré... no sé dónde. Si me viene la licencia de tres años que he pedido, tal vez me largo fuera; y si no me viene es también probable que lo haga; porque cuando un documento oficial desata los lazos de la disciplina, cada uno está autorizado a hacer lo que le conviene.⁶⁸

Vaticinaba Sucre también, la ruina de Bolivia, ocasionada por las actuaciones de insubordinación de las tropas y legitimadas en cierta forma desde el gobierno de Bogotá al existir palabras que podrían considerarse elogiosas para los hechos ocurridos con el ejército colombiano acantonado en el Perú.⁶⁹ Toda esta situación motivaba que escribiera a Bolívar, el 20 de diciembre de 1827, que “el día 1º de enero dictaré el decreto convocando el congreso constitucional, y voy a tratar de reunirlo el 25 de mayo. Estoy cansado de tanta calumnia que viene de afuera; entregaré la república al congreso y me iré a Quito a vivir fuera de todo bullicio y carrera pública. Me han fastidiado los ingratos de todas partes”.⁷⁰ Este pensamiento desesperanzador de Sucre se explicaba por la fuerte oposición a los proyectos del sector bolivariano, que carcomían los cimientos de las repúblicas que estaban bajo la influencia de El Libertador.

Los vaticinios del cumanés se cumplirían a inicios del siguiente año. El 18 de abril de 1828, con preocupación, escribía a Bolívar:

[...] el 18 del corriente se sublevó la primera compañía de Granaderos a caballo que formaba toda la guarnición de esta ciudad, a pretexto de dinero. Creí contenerla echándome encima, pero habiéndome recibido a balazos me hirieron gravemente en el brazo derecho. Tras este amotinamiento se apoderaron algunos facciosos de la tropa y pretendieron dar al tumulto un aire de revolución popular. Hicieron reunir tres juntas de corporaciones y del pueblo en las cuales propusieron desconocer al Gobierno. Fue rechazada hasta la indicación; pero sin embargo el ministro del interior fue arrestado, los otros dos huyeron, y yo mismo fui conducido a una casa cerca del cuartel.⁷¹

De manera que, finalmente, había estallado la revuelta que Sucre había pronosticado. No sin cierto tono patético, además afirmaba: “Llevo la señal de la ingratitud de los hombres en un brazo roto, cuando hasta en la Guerra de la Independencia pude salir sano”. Esta circunstancia hacía más dramática su caída en desgracia. Ningún diputado se presentó al acto de instalación del Congreso donde debía leer su renuncia y abandonó Bolivia en medio de la indiferencia generalizada.⁷² Se aborrecía a Sucre por el hecho de ser colombiano y ser amigo de Bolívar. Así se lo hizo saber el general peruano Agustín Gamarra, responsable de su derrocamiento al estar coludido con Casimiro Olañeta (sobrino de Pedro Antonio Olañeta) y el general José María Urdininea, segundo de Sucre en el mando de las tropas.⁷³ La idea de Gamarra era refundir el Alto y Bajo Perú en una sola nación, recreando el Incanato. Para ello, debía sacar del camino al héroe de Ayacucho, cuya fidelidad a los planes políticos de Bolívar chocaba con los intereses del nuevo gobierno peruano, dirigido por el arzobispo Luna Pizarro, el mariscal La Mar, Gamarra y otros opositores a la política del Libertador.

Para sus contradictores, Sucre no era un héroe. Este era sencillamente una creación de Bolívar para prolongar su predominio en la república de Colombia. Por demás, un enemigo político que podría aglutinar un partido fuerte tras sí. Los opuestos no sólo repercutían en Bolivia y en Perú, también en Colombia, donde el caraqueño enfrentaba el levantamiento de los coroneles José Hilario López y José María Obando en el Cauca, la primera de las contiendas que sacudirían a Colombia en su disolución.⁷⁴ 1828 fue el *annus horribilis* de Colombia: fracasó la convención de Ocaña, que parecía ser su tabla de salvación al lograr un acuerdo político, intentaron matar a Bolívar en Bogotá el día 25 de septiembre y el Perú le declaró la guerra.⁷⁵ Sucre regresó a Quito a finales de octubre de ese año, pues había contraído matrimonio por poder con la marquesa de Solanda para encontrar que Juan José Flores, comandante del departamento de Quito, ordenó el embargo de los bienes de su esposa. Ello motivó una airada protesta del héroe de Pichincha, en la que se preguntaba si tal era el pago que merecía después de tantos sacrificios.⁷⁶ Debido a sus protestas, corrió el rumor de que este quería ser beneficiado con una exacción de impuestos, situación que aumentó su descrédito.

La disolución de Colombia y las pasiones políticas deterioraron la imagen heroica de Sucre. Colombia entró en guerra con Perú por la disputa de Jaén de Bracamoros y Maynas, pero detrás estaban las ambiciones de los nuevos líderes peruanos que fomentaban el sentimiento antibolivariano. A petición del Libertador, el cumanés asumió la tarea de liderar la guerra,

aunque no veía mérito en ello y no entendía la molestia del general Juan José Flores.⁷⁷ Sucre fue designado jefe superior de los departamentos del Sur, subordinando a Flores, comandante en Quito. Aunque Sucre ganó la batalla de Tarqui, su mayor éxito, según él, fue el tratado con el presidente del Perú, La Mar. Este acuerdo provocó la acusación de debilidad por parte de Gamarra, quien lo depuso. El héroe de Ayacucho celebró la división interna en Perú, considerándola la verdadera causa de su victoria.⁷⁸

Surgió el rumor de que Bolívar podría tomar la Corona, debido a unas consultas del Consejo de Gobierno sobre la viabilidad de una monarquía constitucional. Este Consejo, encabezado por Castillo y Rada, Vergara y Urdaneta, ejercía el poder ejecutivo mientras el Libertador negociaba en el Sur la rendición de los generales López y Obando. En Venezuela, se optó por la separación, mientras que en Cundinamarca el general Córdova se rebelaba. Sucre, leal a Bolívar, expresaba su preocupación por los difíciles momentos del Libertador frente a la disolución inminente de Colombia:

[...] yo veo cuánto tiene Ud. que sufrir, cuánto qué hacer; mas no hay ni alternativa en qué elegir; la marcha de Ud. está señalada por nuestra situación, y es preciso, o abandonar sus glorias adquiridas con tantos trabajos, con tan generosos sacrificios, o constituir el país de un modo permanente para que a la muerte de Ud. se conserve la patria que Ud. nos ha fundado, y con ella se conserven sus glorias y su nombre. Si para alcanzar este bien fuere preciso ver mil veces la muerte bajo los puñales parricidas, véase y perezcamos también, porque moriremos con honra, mientras que en la anarquía desapareceríamos con ignominia.⁷⁹

La alusión a los puñales parricidas indicaba que, para Sucre, existía el temor de un posible asesinato, fuera en la persona de Bolívar o en la suya propia. Añade que está gustoso a morir por defender la visión del Libertador: y ofrece así el sacrificio supremo al proyecto del cual es confeso militante y prácticamente creyente. No extraña que el caraqueño, al verse enfermo (ese año sufrió múltiples quebrantos de salud, posiblemente antecedentes de lo que sería el padecimiento que lo llevaría a la tumba en diciembre de 1830), propusiera el nombre de Sucre para presidente ante la inminente reunión de un congreso constitucional, que pasaría a la historia con el nombre de “Congreso Admirable”.⁸⁰ Pese a su recomendación, en ese Congreso su dilecto protegido (que ejercía de diputado por Quito) sólo lograría ser elegido presidente del Congreso (mas no de la República) y comisionado para tramitar la separación de Venezuela, que se constituyó de facto como un

estado independiente en noviembre de 1829. Sería el último cargo público del héroe de Ayacucho antes de su asesinato a mansalva, tras ser emboscado en la sierra de Berruecos.

Con ocasión de esa comisión, el cumanés recibiría la dolorosa afrenta de no tener pasaporte para su suelo materno, pues a la comisión ni siquiera se le permitió ingresar en territorio venezolano. Según Sucre, le habían dicho que el general José Antonio Páez, que había asumido el mando en Venezuela, consideraba nefasta para sus intereses su presencia.⁸¹ Desde Venezuela llegaron pronunciamientos en contra de Bolívar y Sucre, incluso de antiguos compañeros como Mariño, Bermúdez y Páez. En abril de 1830, el Libertador renunció a la presidencia y Joaquín Mosquera fue elegido para liderar lo que quedaba de Colombia. Sucre, decidido a retirarse a la vida privada, dejó Cúcuta tras infructuosas negociaciones con Venezuela y llegó a Bogotá el 8 de mayo, cuando el caraqueño ya había partido. Escribió su última carta a Bolívar y se dirigió al Sur, donde fue asesinado el 4 de junio de 1830, víctima de una celada atribuida a los generales Flores y Obando.⁸²

4. ¿SU DEFINITIVA CONSAGRACIÓN?

La muerte de Sucre elevó su imagen a niveles heroicos, convirtiéndolo en un mártir y símbolo del ciudadano ideal. El crimen de Berruecos le permitió alcanzar la apoteosis, lo que se reflejó en la historiografía del siglo XIX y principios del XX, al construir su figura como un héroe ya sin fines políticos. Con la defunción del caraqueño y del cumanés, el proyecto bolivariano se desvaneció. La ejecución a traición en lugar de en combate, sorprendió profundamente, como comentaría años después Antonio José de Irisarri: “el héroe de Pichincha y de Ayacucho, el terror de los enemigos de América, la esperanza y la gloria de su patria, fue vilmente asesinado a sablazos por un infame extranjero, digno instrumento de las voluntades de un consejo bárbaro y sanguinario”.⁸³

A pesar de la controversia por su asesinato, su deceso lo consolidó como un héroe, alejándolo de la política y reduciendo las críticas por su relación con Simón Bolívar. Su figura fue valorada de forma positiva en los primeros relatos históricos que buscaban cimentar la nación. Antonio José Irisarri, por ejemplo, mostraba su simpatía hacia Sucre, minimizando incluso sus fallos como gobernante:

[...] el general más valiente, más hábil, más generoso, más humano; el gobernante más solícito en promover el bien de sus gobernados; el ciudadano

más sumiso a las leyes; el mejor padre de familia; el esposo más amante; el vecino más útil; el amigo más fiel; el hombre más apreciable en la sociedad, parecía que debía morir en una edad avanzada, en el lecho del justo, rodeado de su esposa, de sus hijos y nietos, recibiendo de todos sus compatriotas los mejores testimonios de amor y de respeto.⁸⁴

La imagen de Sucre, mejorada por su muerte y su salida de la política, fue favorecida por aquellos que lo conocieron y ensalzaron sus dotes militares. Las reflexiones de Irisarri, sin embargo, tenían un fin político. Escritas en 1842, tras la Guerra de los Supremos, buscaban señalar a José María Obando como responsable del asesinato del cumanés para frenar su retorno a la política. Así, la figura del héroe de Ayacucho se utilizó en maniobras políticas. Incluso opositores a Sucre como Obando, reconocían sus virtudes personales, señalando como única debilidad su lealtad a Bolívar:

No correspondió lo que yo hallé en el General Sucre a la idea que yo me había formado de él, tomada tal vez de las impresiones que me habían causado la mayor parte de los hombres del ejército que en este rango me había tocado tratar o conocer. Creí encontrar en Sucre un hombre que revelara en su gesto el engrimiento de sus gloriosos triunfos, y una fastidiada superioridad; dogmatizando, en lugar de tomarse el trabajo de convencer; despreciando con mudo y desdeñoso desacato la razón ajena; y acordándose solo del mérito adquirido en el servicio, sin pensar en añadir otro nuevo con el ejercicio de la virtud de la moderación y con la respetuosidad hacia sus inferiores mismos. Creí encontrar este conjunto, y hallé con agradable sorpresa, la modestia del filósofo que parece ignorar su fama, la dulzura de una dama en sus modales, y un olvido sincero de sí mismo, que se dejaba conocer con naturalidad. De las maneras de Bolívar a las suyas, había la diferencia de medios, que se nota entre la conducta de un guerrero voluntarioso que está acostumbrado a destruir para vencer, y la de un diestro y prudente estratégico que no trata de rendir la plaza, sino previendo que le ha de servir de cuartel de invierno: las palabras del uno y las del otro, hacían el contraste de un golpe de música suave y melodioso, comparado con el bronco estruendo de un cañón.⁸⁵

El perfil de Sucre, visto incluso por parte de Obando, su enemigo y acusado de su muerte, refuerza la consolidación de su reputación como héroe de Ayacucho, sin cuestionamientos. Para Irisarri, el oriental no solo carecía de tacha como militar, sino que fue víctima de la envidia de hombres menos virtuosos, como Obando, cuya celosía impulsó su asesinato. Irisarri afirmaba que “nuestros hombres mediocres no pueden perdonar a

nadie que sea superior a ellos”, y atribuía su trágica defunción a la envidia y a la injusta venganza.⁸⁶ Esta interpretación de Irisarri motivó la consabida réplica de Obando, que hasta ese momento era el único que había sido acusado abiertamente del asesinato. Afirma Obando que “El General Sucre había adornado su frente con copiosos laureles recogidos en la guerra de la independencia, pero no contaba entre sus glorias la de haber desnudado su espada contra el Genio prestigiador del nuevo mundo, para obligarle a doblar la rodilla ante LA LEY”.⁸⁷ Una breve, pero incisiva crítica al héroe de Ayacucho, a quien se le reconocen sus méritos militares, pero se establece su complicidad al Libertador como un hecho controvertible en su vida pública.

Los cuestionamientos más serios a la figura de Sucre provendrían de Perú. Su principal opositor fue el mariscal José de la Riva Agüero, ex presidente, quien le guardaba rencor desde 1823, cuando el cumanés no apoyó su intento de ser confirmado como primer mandatario. Riva Agüero, bajo el seudónimo de P. Pruvonena, acusó a Sucre de tener como único objetivo en Perú preparar el terreno para Bolívar. Sus acusaciones, aunque polémicas, parecían tener cierta verosimilitud:

Por esto indicaremos ligeramente el principio de las tramas empleadas por el general Bolívar para usurpar al Perú. Eligió al general Sucre y al coronel Heres para anarquizarlo y dominarlo; y estos agentes obraron con el mayor descaro. ¿Cuál fue pues el objeto de la intempestiva venida a Lima de Sucre y Heres en clase de diplomático el primero, y el segundo de su auxiliar? ¿Qué asunto entabló con el gobierno del Perú? ¿Cuáles sus instrucciones? Responderemos con los resultados: preparar la anarquía para colocar en el mando supremo del Perú á Bolívar.⁸⁸

Por ello, para Riva Agüero se denota una clara estrategia política del Libertador al enviar a ambos generales. No es una ayuda desinteresada a una nación en apuros, es un intento de cooptar figuras políticas y promover a Bolívar al mando supremo del Perú. Como prueba de sus afirmaciones, Riva Agüero señalaba que el caraqueño se había asegurado de ser recompensado con un millón de pesos y el cumanés con 400.000 pesos de las arcas peruanas; a su vez, este señalaba que la invasión al territorio había sido un plan meditado de Bolívar para expoliar las riquezas del país.⁸⁹ Además, cuestionaba su capacidad como militar y como gobernante.

Domingo de Alcalá, primo de Sucre, respondió a las acusaciones de Riva Agüero en su “Defensa de Sucre” (1850), motivado por la difusión de estas críticas en el diario *El Comercio* de Lima. Utilizando documentos

“históricos”, refutó gran parte de las acusaciones y defendió al héroe de Ayacucho, consolidando la opinión positiva y unánime sobre su heroísmo. Su obra negó los hechos que intentaban desacreditar al cumanés, proporcionando pruebas documentales que respaldaban su defensa:

- La interrogación a los sobrevivientes de la batalla de Ayacucho sobre la conducta de Sucre, que fue retratada como heroica. Su estrategia se juzgó vital sin objeciones. No se hizo referencia a situaciones tácticamente cuestionables.⁹⁰
- La intachable conducta de Sucre en Perú, afirmando que sin su intervención la guerra no hubiera sido liquidada en tan poco tiempo, tal y como lo juzgaron grandes hombres como José Sánchez Carrión (en 1825), el general Guillermo Miller, Hipólito Unanue y el señor Valentín Ledesma, agente fiscal de Lima.⁹¹

Ledesma, escribe en el año de 1850 un artículo titulado “Junín y Ayacucho”, motivado por las calumnias que a su juicio circulaban en la prensa peruana. La más reciente de ellas atribuía el mérito principal de la batalla al mariscal La Mar, y decía que Sucre estaba dormido cuando inició el enfrentamiento. Él otorga unas líneas, que cita Domingo de Alcalá, que sirven para formarse una idea de la reputación alcanzada por Sucre:

[...] hablamos a presencia de mil testigos fidedignos, y que saben, porque les consta, que el General Sucre fue un genio sublima, uno de los más grandes guerreros de América, y uno de los héroes más admirables del mundo; y que como tal no necesitaba tomar consejos de nadie para sus sabias combinaciones estratégicas, para desplegarlas y ejecutarlas; ni que otros hicieran lo que a él solo correspondía hacer.⁹²

5. CONCLUSIONES

No cabe duda de que el tiempo logró depurar la figura del Gran Mariscal de Ayacucho de sus posibles incorrecciones políticas. El papel oficial de Sucre en Perú y Bolivia, sin duda, se vio sustentado por el deseo de servir a un bien mayor. Quizás la obediencia debida a todo lo militar le costó al héroe una leve sombra de duda de parte de sus contemporáneos, que acaso fue el fundamento para asesinarlo. Los móviles esgrimidos por los dos principales sospechosos, José María Obando y Juan José Flores, estaban fundados en que su regreso al Sur estaba motivado por su llamamiento a

ejercer un papel político activo en pro del bolivarianismo en esos departamentos. Pero el decurso de la historia patria hizo su trabajo y Colombia y el resto de las patrias suramericanas, tan necesitadas de referentes identitarios, lo convirtieron como uno de los máximos representantes de las virtudes republicanas.

NOTAS

- 1 Profesor de la Universidad Industrial de Santander (Bucaramanga-Colombia). Doctor en Historia. Director del Grupo de Investigación Políticas, Sociabilidades y Representaciones Educativas (PSORHE). ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3563-9213>
- 2 Profesor de la Universidad de Los Andes (Mérida-Venezuela). Doctor en Historia. Grupos de Investigación sobre Historiografía de Venezuela e Historia de las Ideas en América Latina. ORCID: <https://orcid.org/0009-0009-4189-7452>
- 3 Historiador y Archivista por la Universidad Industrial de Santander. Magíster en Historia por la Universidad Industrial de Santander. Actualmente se desempeña como líder de gestión documental en una empresa de servicios archivísticos. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6540-3407>
- 4 Simón Bolívar: "Documento 848" en: *Obras completas*. La Habana, Editorial Lex, 1947. Vol. 1, p. 1046. (Vicente Lecuna, comp).
- 5 Carlota Alicia Casallino Sen: *Los héroes patrios y la construcción del Estado-Nación en el Perú (siglos XIX y XX)* Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2008. (Memoria de grado para optar al Título de Doctora en Ciencias Sociales, Inédito) pp. 141 y 199-200.
- 6 Tomás Straka: *La épica del desencanto. Bolivarianismo, Historiografía y política en Venezuela*. Caracas, Editorial Alfa, 2009. p. 13.
- 7 Siguiendo lo planteado por Hancer González Sierralta en su obra *José Antonio Anzoátegui. Accionar y forja de un héroe binacional*. 2 ed. Caracas, Centro de Estudios Simón Bolívar, 2023.
- 8 Giovanni Levi: *Microhistorias*. Bogotá, Universidad de los Andes, 2019. p. xvii.
- 9 *Ibid*, pp. 200-201.
- 10 Antonio José de Sucre: *De mi propia mano*. Caracas, Biblioteca Fundación Ayacucho, 1981. p. 3. (Selección y prólogo de José Luis Salcedo Bastardo).
- 11 *Ibid*, p. 6.
- 12 *Ibid*, p. 8.
- 13 *Ibid*, p. 10.
- 14 *Ibid*, p. 14.
- 15 *Ibid*, p. 20.

- 16 *Ibid*, p. 24.
- 17 Felipe Montilla: “Sucre: El héroe, el prócer, el hombre” en: Enrique Ayala Mora: *Sucre: Soldado y estadista*. Bogotá, Corporación Editora Nacional-Universidad Andina Simón Bolívar, 1996. p. 208.
- 18 Anónimo: “Gazeta de Colombia” en: *Gazeta de Colombia*. Bogotá, 28 de julio de 1822. p. 1.
- 19 Antonio José Irisarri: *Historia crítica del asesinato cometido en la persona del Gran Mariscal de Ayacucho*. Madrid, Editorial América, 1924. p. 71.
- 20 Joaquín Posada Gutiérrez: *Memorias Histórico Políticas*. Madrid, Editorial América, 1920. Tomo I. p. 246.
- 21 José Félix Blanco y Ramón Azpúrua: *Documentos para una historia de la vida pública del Libertador*. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1977. Tomo VIII. Documento 2060, p. 445.
- 22 *Ibid*. Tomo VIII. Documento 2051, p. 435.
- 23 Antonio José de Sucre. *De mi propia mano...* p.108.
- 24 Anónimo: “Gazeta de Colombia,” en: *Gazeta de Colombia*. Bogotá, 2 de febrero de 1823. p. 2.
- 25 Antonio José de Sucre. *De mi propia mano...* p.146.
- 26 *Ibid*, p.150.
- 27 *Ibid*, p.177.
- 28 *Ibid*, p.188.
- 29 Pedro Briceño Méndez: *Memoria del Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra al Primer Congreso Constitucional de Colombia en el año de 1823*. Bogotá, Imprenta del Estado por Nicomedes Lora, 1823.
- 30 Antonio José de Sucre: *De mi propia mano...* p.197.
- 31 *Ibid*, p. 199.
- 32 *Ibid*, p. 201.
- 33 José Félix Blanco y Ramón Azpúrua: *Documentos para una historia de la vida pública del Libertador...* Tomo IX. Documento 2315. p. 172.
- 33 Antonio José de Sucre: *De mi propia mano...* p. 208.
- 34 *Ibid*, p. 197.
- 35 *Ibid*, p. 211.
- 36 José Félix Blanco y Ramón Azpúrua: *Documentos para una historia de la vida pública del Libertador*. Tomo IX. Documento 2317. pp. 180-186.
- 37 José Manuel Restrepo: *Historia de la revolución de la república de Colombia en la América Meridional*. Besanzón, Imprenta de José Jacquim, 1858. Tomo III. p. 391.
- 38 *Ibid*, p. 394.
- 39 Antonio José de Sucre: *De mi propia mano...* p. 232.
- 40 José Manuel Restrepo: *Historia de la revolución de la república de Colombia en la América Meridional...* p. 432.
- 41 José Félix Blanco y Ramón Azpúrua: *Documentos para una historia de la vida*

- pública del Libertador...* p. 464.
- 42 *Ibid*, p. 461.
- 43 Antonio José de Sucre: *De mi propia mano...* p. 277.
- 44 Simón Bolívar: *Obras completas...*p. 1046.
- 45 Antonio José de Sucre. *De mi propia mano...* p. 294.
- 46 *Ibid*, p. 295.
- 47 Simón Bolívar: *Obras completas...*p. 1086.
- 48 José Manuel Restrepo: *Historia de la revolución de la república de Colombia en la América Meridional...*p.450.
- 49 *Ibid*, p. 451.
- 50 Antonio José de Sucre: *De mi propia mano...* p. 300.
- 51 *Ibid*, p. 323.
- 52 *Ibid*, p. 333.
- 53 *Ídem*.
- 54 José Félix Blanco y Ramón Azpúrua: *Documentos para una historia de la vida pública del Libertador...*p.152.
- 55 Fue presidente sólo nominalmente de abril a agosto.
- 56 Antonio José de Sucre: *De mi propia mano...* p. 371.
- 57 *Ibid*, p. 382.
- 58 *Ibid*, p. 388.
- 59 Valentín Paniagua: “El proceso constituyente y la Constitución vitalicia (bolivariana) de 1826” en: *Historia Constitucional*, 8 (Madrid, 2007), pp. 67-94.
- 60 Antonio José de Sucre: *De mi propia mano...* p. 391.
61. *Ibid*, p. 392.
- 62 José Manuel Restrepo: *Historia de la revolución de la república de Colombia en la América Meridional...*p. 467.
- 63 Álvaro Acevedo Tarazona y Carlos Iván Villamizar Palacios: *Colombia: de la nación imaginada a la realización constitucional en la villa del Rosario de Cúcuta*. Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, 2023. p. 215.
- 64 José Félix Blanco y Ramón Azpúrua: *Documentos para una historia de la vida pública del Libertador...*p. 285.
- 65 *Ídem*.
- 66 Federica Morelli: “Una gran asociación de pueblos’. La rebelión en Guayaquil y su percepción de la Gran Colombia (1827)” en: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 45. 2 (Bogotá, julio-diciembre de 2018). pp. 149-174.
- 67 Antonio José de Sucre: *De mi propia mano...* p.362.
- 68 *Ibid*, p. 463.
- 69 Álvaro Acevedo Tarazona y Carlos Iván Villamizar Palacios: *Colombia: de la nación imaginada a la realización constitucional en la villa del Rosario de Cúcuta...* p. 226.
- 70 Antonio José de Sucre: *De mi propia mano...* p.473.

- 71 *Ibíd*, p. 479.
- 72 *Ibíd*, p. 484.
- 73 *Ibíd*, p. 504.
- 74 Álvaro Acevedo Tarazona y Carlos Iván Villamizar Palacios: *Colombia: de la nación imaginada a la realización constitucional en la villa del Rosario de Cúcuta...* p. 251.
- 75 *Ibíd*, p. 250.
- 76 Antonio José de Sucre: *De mi propia mano...* p.519.
- 77 *Ibíd*, p. 525.
- 78 *Ibíd*, p. 527.
- 79 *Ibíd*, p. 536.
- 80 John Lynch: *Simón Bolívar*. Barcelona, Crítica, 2005. p. 360.
- 81 Antonio José de Sucre: *De mi propia mano...* p.553.
- 82 Enrique Ayala Mora: "El asesinato del mariscal Sucre" en: Enrique Ayala Mora: *Sucre: Soldado y estadista*. Bogotá, Corporación Editora Nacional-Universidad Andina Simón Bolívar, 1996. p. 203.
- 83 Joaquín Posada Gutiérrez: *Memorias Histórico Políticas...* Tomo II. p. 23.
- 84 José Antonio Irrisari: *Historia crítica del asesinato cometido en la persona del Gran Mariscal de Ayacucho...* p.7.
- 85 José María Obando: *El general Obando a la Historia Crítica del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho publicada por el señor Antonio José Irrisari*. Lima, S/E, 1847. p. 14.
- 86 José Antonio Irrisari: *Historia crítica del asesinato cometido en la persona del Gran Mariscal de Ayacucho...* p.8.
- 87 José María Obando: *El general Obando a la Historia Crítica del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho...* p. 11.
- 88 José de la Riva Agüero: *Memorias de Pruvonena*. Lima, Ministerio de Cultura, 2021. p. 204.
- 89 *Ibíd*, p. 170.
- 90 Domingo de Alcalá: *Defensa de Sucre*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1995. pp. 35-42.
- 91 *Ibíd*, pp. 80-102.
- 92 *Ibíd*, p. 105.

FUENTES

Documentales

Documentales editados

- Blanco, José Félix y Azpúrua, Ramón: *Documentos para una historia de la vida pública del Libertador*. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1977. Tomos: VIII y IX.

- Bolívar, Simón: *Obras completas*. La Habana, Editorial Lex, 1947. Vol. 1, p. 1046. (Vicente Lecuna, comp)
- Briceño Méndez, Pedro: *Memoria del Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra al Primer Congreso Constitucional de Colombia en el año de 1823*. Bogotá, Imprenta del Estado por Nicomedes Lora, 1823.
- De Sucre, Antonio José: *De mi propia mano*. Caracas, Biblioteca Fundación Ayacucho, 1981. (Selección y prólogo de José Luis Salcedo Bastardo)

Bibliográficas *Libros*

- Acevedo Tarazona, Álvaro y Villamizar Palacios, Carlos Iván: *Colombia: de la nación imaginada a la realización constitucional en la villa del Rosario de Cúcuta*. Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, 2023.
- De Alcalá, Domingo: *Defensa de Sucre*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1995.
- De la Riva Agüero, José: *Memorias de Pruvonena*. Lima, Ministerio de Cultura, 2021.
- González Sierralta, Hancer: *José Antonio Anzoátegui: accionar y forja de un héroe binacional*. 2 ed. Caracas, Centro de Estudios Simón Bolívar, 2023.
- Irisarri, Antonio José: *Historia crítica del asesinato cometido en la persona del Gran Mariscal de Ayacucho*. Madrid, Editorial América, 1924.
- Levi, Giovanni: *Microhistorias*. Bogotá, Universidad de los Andes, 2019.
- Lynch, John: *Simón Bolívar*. Barcelona (España), Crítica, 2005.
- Obando, José María: *El general Obando a la Historia Crítica del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho publicada por el señor Antonio José Irisarri*. Lima, S/E, 1847.
- Posada Gutiérrez, Joaquín: *Memorias Histórico Políticas*. Madrid, Editorial América, 1920. Tomo I.
- Restrepo, José Manuel: *Historia de la revolución de la república de Colombia en la América Meridional*. Besanzón, Imprenta de José Jacquim, 1858. Tomo III.
- Straka, Tomás: *La épica del desencanto. Bolivarianismo, Historiografía y política en Venezuela*. Caracas, Editorial Alfa, 2009.

Capítulos de libros

- Ayala Mora, Enrique: “El asesinato del mariscal Sucre” en: Enrique Ayala Mora: *Sucre: Soldado y estadista*. Bogotá, Corporación Editora Nacional-Universidad Andina Simón Bolívar, 1996. pp. 187-204.
- Montilla, Felipe: “Sucre: El héroe, el prócer, el hombre” en: Enrique Ayala Mora: *Sucre: Soldado y estadista*. Bogotá, Corporación Editora Nacional-Universidad Andina Simón Bolívar, 1996. pp. 205-218.

Hemerográficas

Artículos de revistas y boletines

- Morelli, Federica: “Una gran asociación de pueblos’. La rebelión en Guayaquil y su percepción de la Gran Colombia (1827)” en: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 45.2 (Bogotá, julio-diciembre de 2018), pp. 149-174.
- Paniagua, Valentín: “El proceso constituyente y la Constitución vitalicia (bolivariana) de 1826” en: *Historia Constitucional*, 8 (Madrid, 2007), pp. 67-94.

Inéditos

- Carlota Alicia Casallino Sen: *Los héroes patrios y la construcción del Estado-Nación en el Perú (siglos XIX y XX)* Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2008. (Memoria de grado para optar al Título de Doctora en Ciencias Sociales, Inédito)